

hasta abarcar la humanidad entera. Pensad, antes que nada, en quienes os rodean –parientes, amigos, colegas– y ved cómo podéis llevarlos a sentir más hondamente la amistad con Nuestro Señor” (ECP, 175).

San Josemaría, que emprendió e impulsó obras de gran magnitud y alcance, subrayó la importancia que tienen las “cosas pequeñas” en relación con la magnanimidad. Las cosas pequeñas constituyen el modo para realizar todo lo que es grande y el camino hacia la santidad, porque “la santidad no consiste en grandes ocupaciones” (F, 61), sino en “luchar en la vida interior y en el cumplimiento heroico, acabado, del deber” (F, 60; cfr. C, 825).

Como en los demás aspectos de la vida cristiana, san Josemaría enseña que el ejemplo de Santa María en la virtud de la magnanimidad juega un papel hermenéutico de primera categoría: “eso es lo que explica la vida de María: su amor. Un amor llevado hasta el extremo, hasta el olvido completo de sí misma, contenta de estar allí, donde la quiere Dios, y cumpliendo con esmero la voluntad divina. (...) Hemos de procurar ser como Ella, en las circunstancias concretas en las que Dios ha querido que vivamos” (ECP, 148).

Voces relacionadas: Apostolado; Cosas pequeñas; Fortaleza; Fraternidad; Justicia; Promoción social y desarrollo; Santidad; Solidaridad; Virtudes humanas.

Bibliografía: AD, 73-93; “El amor de los hijos de Dios. Las virtudes cristianas”, en Ernst BURKHART - Javier LÓPEZ, *Vida cotidiana y santidad en la enseñanza de San Josemaría. Estudio de teología espiritual*, II, Madrid, Rialp, 2011, pp. 285-494; Tullo GOFFI, “Magnanimidad”, en Ermanno ANCI-LLI (dir.), *Diccionario de Espiritualidad*, II, Herder, Barcelona, 1983, pp. 526-529; F. MARTI, “Magnanimité”, en DSp, X, pp. 91-97; S.Th., II-II, q. 129 y I-II, qq. 66 a 4 ad 3.

Martin SCHLAG

MARÍA SANTÍSIMA

1. Una vida enteramente mariana. 2. Una enseñanza mariológica de raíz trinitaria. 3. La maternidad divina, fundamento de la vida de María y de la devoción mariana. 4. Madre de los hombres. 5. Santa María, ejemplo de virtudes.

San Josemaría insistió siempre en que el único modelo para el cristiano es Jesucristo, y el modelador, el Espíritu Santo. Su lema era “ocultarme y desaparecer, que sólo Jesús se luzca”. Sin embargo, a la vez que reiteraba ese criterio con frecuencia en sus conversaciones, con la misma sencillez, decía: “Si en algo quiero que me imitéis es en el amor que tengo a la Santísima Virgen”. Ésta era una excepción en la que se ponía de ejemplo. Puede afirmarse que su existencia y su enseñanza fueron profundamente marianas: el amor a Nuestra Señora empapaba sus acciones y toda su predicación. Su vida interior estaba focalizada en un entrañable trato continuo como hijo pequeño de tan amable Madre.

1. Una vida enteramente mariana

La devoción mariana arraigó en el alma de san Josemaría en el hogar paterno. Sus padres, don José Escrivá y doña Dolores Albás, eran fervientes católicos que profesaban un afectuoso amor a la Virgen María. Basta advertir que a la edad de dos años, con motivo de una grave enfermedad que parecía incurable, su madre, doña Dolores, comenzó una novena a Nuestra Señora del Sagrado Corazón por la curación de su hijo, con la promesa de una peregrinación a la Virgen de Torreciudad en el caso de su sanación. Promesa que los padres con el niño cumplieron poco después. Fueron, pues, ellos en primer lugar, quienes le inculcaron, a través de su ejemplo y de sus enseñanzas, el cariño filial a María; de ellos aprendió san Josemaría el “Bendita sea tu pureza” y una oración de ofrecimiento a la Virgen, “Oh Señora mía, oh Madre mía, yo me entrego enteramente a Vos...”. En

su niñez, acompañaba en ocasiones a sus padres en el rezo del santo Rosario.

Su paso por el parvulario de las Hijas de la Caridad, de 1905 a 1908, y por el colegio de los Padres Escolapios, de 1908 a 1915, contribuyeron también a que su piedad y devoción marianas fueran creciendo de forma progresiva. El escolapio Manuel Laborda le preparó para la primera Comunión y le enseñó una fórmula de la comunión espiritual que reza así: “Yo quisiera Señor recibiros, con aquella pureza, humildad y devoción con que os recibió vuestra Santísima Madre, con el espíritu y fervor de los santos”, que desde entonces recitó con mucha frecuencia todos los días hasta el momento de su muerte. Como se aprecia con claridad, en esta oración se coloca a la Virgen como modelo y ejemplo a imitar en la recepción de la Eucaristía. Se sabe que, en alguna ocasión en sus años de Bachillerato, ante conversaciones poco apropiadas de sus compañeros, se retiraba prudentemente y rezaba el Rosario en reparación.

En las vacaciones de la Navidad del año 1917, ya en Logroño, el Señor se metió de una manera sorpresiva y profunda en la vida de san Josemaría, dando un vuelco a las aspiraciones de su vida. Entonces decidió hacerse sacerdote, para estar disponible al querer de Dios. En ese cambio del rumbo de su vida estuvo muy presente la Santísima Virgen. Así lo expuso en sus *Apuntes íntimos*: “Mi Madre del Carmen me empujó al sacerdocio. Yo, Señora, hasta cumplidos los dieciséis años, me hubiera reído de quien dijera que iba a vestir sotana... ¡Qué obligada estás, dulce Virgen de los Besos, a llevarme de la mano, como a un niño tuyo!” (n. 163: AVP, I, p. 98, nt. 80).

Siendo ya seminarista, primero en Logroño (1918-1920) y después en Zaragoza, en el Seminario de San Francisco de Paula, su devoción mariana fue arraigando de una forma tierna, honda, recia y serena en su vida diaria. Además de las oraciones

marianas que se rezaban en el Seminario, san Josemaría continuaba con su acostumbrado rezo de las tres partes del santo Rosario y, aprovechando los momentos en los que la disciplina del Seminario se lo permitía, acudía a la Santa Capilla. Con frecuencia lo hacía para clamar ante la venerada imagen de Nuestra Señora con la jaculatoria “*Domina, ut sis!*”, de modo que se cumpliera aquello que Dios le había hecho presentir, pero que todavía desconocía. Por su profundo amor a la Virgen del Pilar celebró su primera Misa en la misma Santa Capilla el 30 de marzo de 1925.

En Madrid, su amor y devoción a Nuestra Señora continuaron manifestándose. A Ella se encomendaba de forma habitual, para que fuera fructífera su labor de almas (cfr. AVP, I, p. 282). El 2 de octubre de 1928, día en que Dios le hizo ver el Opus Dei, relata san Josemaría que “conmovido me arrodillé –estaba solo en mi cuarto, entre plática y plática– di gracias a Dios, y recuerdo con emoción el tocar de las campanas de la parroquia de N. Sra. de los Ángeles” (AVP, I, p. 293). Estaba plenamente convencido de que la Virgen María había estado presente en ese momento y por eso, a lo largo de su vida, no dudó en afirmar repetidamente que el “Opus Dei ha nacido y se ha desarrollado bajo el manto de María Santísima”.

Trataba a Santa María con íntima confianza, como un hijo pequeño, desvalido, que necesita a su Madre. Así lo demuestra, por ejemplo, un punto de sus *Apuntes íntimos*: “Esta mañana volví sobre mis pasos, hecho un chiquillo, para saludar a la Señora, en su imagen de la calle de Atocha, en lo alto de la casa que allí tiene la Congregación de S. Felipe. Me había olvidado de saludarla: ¿qué niño pierde la ocasión de decir a su madre que la quiere? Señora, que nunca sea yo un ex-niño” (n. 446: AVP, I, p. 341). O ese beso filial que todos los días daba, al salir o al entrar en su casa, a una pequeña talla que denominó “mi Virgen de los Besos”; o el

libro sobre el santo Rosario que escribió un día de la novena de la Inmaculada del año 1931, de una sentada, junto al presbiterio, en el pasillo que conduce a la sacristía de la iglesia de Santa Isabel; o las oraciones que con frecuencia rezaba ante la imagen de Nuestra Señora de la Almudena situada en un rincón de la antigua muralla en plena calle, junto a la iglesia de ese nombre (hoy catedral).

A finales de noviembre de 1937, durante la Guerra Civil española, mientras abandonaba con grandes penalidades la zona republicana para poder seguir desarrollando con libertad el trabajo apostólico, san Josemaría sufrió una gran contradicción espiritual, pues dudaba si debía alejarse de Madrid. Acudió con fe a la protección poderosa de la Virgen Santísima, quien aquietó y sosegó su conciencia, llenándole de profunda paz y alegría (cfr. AVP, II, pp. 191-196).

En febrero del año 1946 san Josemaría envió a Roma a don Álvaro del Portillo para obtener en la Santa Sede el *Decretum laudis* sobre el Opus Dei; sin embargo, las gestiones se dilataron y llegaron a un punto muerto. Se precisaba su presencia en la Ciudad Eterna. A pesar de la gravedad de su diabetes, que desaconsejaba ese viaje, se encaminó hacia Roma. San Josemaría puso ese viaje y todas las gestiones que iba a realizar, bajo el amparo de la Virgen María. Visitó a la Virgen del Pilar y el monasterio de Monserrat. En Barcelona, en una oración suplicante y confiada, acudió también a la intercesión maternal de Nuestra Señora de la Merced.

La amorosa cercanía de nuestra Madre continuó siendo delicadamente sentida por san Josemaría en los años sucesivos y hasta el final de sus días en la tierra. Cuando, por ejemplo, en el año 1951 se cernía una fortísima contradicción sobre la Obra, que el fundador no conocía pero intuía, acudió, como siempre, a la protección de la Madre de Dios. Así lo explicaría después a sus hijos: “Como no encuentro en la tierra quien

de verdad y decididamente nos ayude, me he dirigido a Nuestra Madre Santa María” (AVP, III, p. 199), e hizo la consagración del Opus Dei al Inmaculado Corazón de María en la santa Casa de Loreto el día 15 de agosto. En nombre propio y en el de todo el Opus Dei decía a la Señora: “Te consagramos nuestro ser y nuestra vida; todo lo nuestro: lo que amamos y somos. Para ti nuestros cuerpos, nuestros corazones y nuestras almas; tuyos somos nosotros y nuestros apostolados” (AVP, III, p. 201).

En la década de 1950 a 1960, san Josemaría visitó los santuarios marianos más conocidos de Europa como un romero penitente y enamorado, poniendo a los pies de la Señora todo su amor y sus ansias de santidad, suplicando su ayuda y protección maternal para toda la Iglesia y para el Opus Dei. Rogaba especialmente a Santa María la gracia de alcanzar la solución jurídica definitiva de la Obra (cfr. AVP, III, p. 566). Cuando en los años sesenta y setenta la Iglesia sufrió un doloroso periodo de crisis doctrinal y espiritual, san Josemaría reaccionó también acudiendo al Señor a través de la eficaz intercesión de Santa María, Omnipotencia Suplicante. El 23 de agosto de 1971 sintió que se imprimía en su alma a modo de locución divina, con nitidez y fuerza irresistibles, una jaculatoria que él mismo repitió luego muchas veces: “*Adeamus cum fiducia ad thronum gloriae ut misericordiam consequamur!*” (“¡Vayamos confiadamente al trono de la gloria para obtener misericordia!”), cfr. Hb 4, 16: AVP, III, p. 609).

En ese contexto, intensificó sus romerías a distintos santuarios marianos de Europa, y en mayo de 1970 quiso postrarse a los pies de Nuestra Señora en el santuario de Guadalupe en México. Allí, en una tribuna situada a la altura del cuadro de la Virgen, hizo una humilde y suplicante novena, acompañado de algunos hijos suyos: “Madre venimos a Ti; Tú nos tienes que escuchar. Pedimos cosas que son para servir mejor a la Iglesia, para conser-

var mejor el espíritu de la Obra. ¡No puedes dejar de oírnos! Tú quieres que todo lo que desea tu Hijo se cumpla, y tu Hijo quiere que seamos santos, que hagamos el Opus Dei ¡Nos tienes que escuchar!” (AVP, III, pp. 586-587).

Su ardiente cariño por la Madre de Dios y Madre nuestra le llevó a promover, al final de su vida, lo que él mismo denominaba una de sus “últimas locuras”: la construcción del santuario de Torreciudad, expresión al mismo tiempo de su devoción a Santa María y de su amor a las almas. El itinerario mariano de san Josemaría concluyó, como su propia vida terrena, el 26 de junio de 1975: poco antes había mirado con ternura un cuadro con la imagen de la Virgen de Guadalupe, que presidía su cuarto de trabajo.

2. Una enseñanza mariológica de raíz trinitaria

El pensamiento mariológico de san Josemaría está profundamente arraigado en la gran tradición doctrinal y espiritual de la Iglesia, si bien adquiere matices propios en consonancia con el mensaje de santidad en la vida ordinaria que acompaña su misión en la Iglesia. La perspectiva dominante es, ante todo, trinitaria (María es contemplada como la Mujer elegida desde la eternidad por el Padre para ser, por obra del Espíritu Santo, la Madre del Verbo encarnado). Pero el misterio de María es también contemplado por san Josemaría desde la perspectiva de una existencia humana santificada por la gracia divina y por la correspondencia heroica.

La raíz profunda, como decimos, es esencialmente trinitaria. En *Camino*, por ejemplo, se lee: “¡Cómo gusta a los hombres que les recuerden su parentesco con personajes de la literatura, de la política, de la milicia, de la Iglesia!... –Canta ante la Virgen Inmaculada, recordándole: Dios te salve, María, hija de Dios Padre: Dios te salve, María, Madre de Dios Hijo: Dios te salve, María, Esposa de Dios Espíritu San-

to... ¡Más que tú, sólo Dios!” (C, 496). En *Amigos de Dios* encontramos otras palabras semejantes: “María, Hija de Dios Padre, por la Encarnación del Señor en sus entrañas inmaculadas es Esposa de Dios Espíritu Santo y Madre de Dios Hijo” (AD, 274). San Josemaría apreciaba mucho la invocación a María como Hija, Madre y Esposa de Dios, cuyo origen se remonta a san Francisco de Asís, a partir del cual ha sido utilizada asiduamente en la literatura espiritual. Es probable que san Josemaría la aprendiera en el colegio de los Padres Escolapios, que frecuentó de niño en Barbastro, pues en el rezo diario del santo Rosario en aquel centro, al final de cada decena se añadía: “Dios te salve, María, Hija de Dios Padre; Dios te salve, María, Madre de Dios Hijo; Dios te salve, María, Esposa de Dios Espíritu Santo. Dios te salve, María, Templo y Sagrario de la Santísima Trinidad; Dios te salve, María, concebida sin mancha de pecado original. Amén”.

La huella de esta contemplación mariana de raíz trinitaria se manifiesta en muchos pasajes de las obras de san Josemaría. He aquí, como muestra, uno de los más característicos: “María sube a los cielos, hija de Dios Padre, madre de Dios Hijo, esposa de Dios Espíritu Santo. Más que Ella, sólo Dios. Misterio de amor es éste. La razón humana no alcanza a comprender. Sólo la fe acierta a ilustrar cómo una criatura haya sido elevada a dignidad tan grande, hasta ser el centro amoroso en el que convergen las complacencias de la Trinidad. Sabemos que es un divino secreto. Pero, tratándose de Nuestra Madre, nos sentimos inclinados a entender más –si es posible hablar así– que en otras verdades de fe” (ECP, 171). Al resaltar la relación diferenciada de Santa María con cada una de las Personas divinas, el autor quiere mostrar la inefable dimensión trinitaria de la misión de la Señora en la economía de la salvación. “Ella vive y nos protege; está junto al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo, en cuerpo y alma. Es la misma que nació en Palestina, que se entregó al Se-

ñor desde niña, que recibió el anuncio del Arcángel Gabriel, que dio a luz a Nuestro Salvador, que estuvo junto a Él al pie de la Cruz” (AD, 292).

Esta acentuación trinitaria de la devoción mariana tiene obvias consecuencias espirituales, pues la piedad mariana, al acercarnos por la vía del amor y del trato personal al misterio de María, nos ayuda a penetrar también más profundamente en su fuente, que es el misterio de Dios. De ahí estas palabras: “Los que consideren superadas las devociones a la Virgen Santísima, dan señales de que han perdido el hondo sentido cristiano que encierran, de que han olvidado la fuente de donde nacen: la fe en la voluntad salvadora de Dios Padre, el amor a Dios Hijo que se hizo realmente hombre y nació de una mujer, la confianza en Dios Espíritu Santo que nos santifica con su gracia. Es Dios quien nos ha dado a María, y no tenemos derecho a rechazarla, sino que hemos de acudir a Ella con amor y con alegría de hijos” (ECP, 142). “Dirígete a la Virgen –Madre, Hija, Esposa de Dios, Madre nuestra–, y pídele que te obtenga de la Trinidad Beatísima más gracias: la gracia de la fe, de la esperanza, del amor, de la contrición, para que, cuando en la vida parezca que sopla un viento fuerte, seco, capaz de agostar esas flores del alma, no agoste las tuyas..., ni las de tus hermanos” (F, 227).

El trato filial con la Virgen María ofrece, pues, conforme a la enseñanza de san Josemaría, una vía adecuada para tratar a las Personas divinas: “La Virgen. ¿Quién puede ser mejor Maestra de amor a Dios que esta Reina, que esta Señora, que esta Madre, que tiene la relación más íntima con la Trinidad: Hija de Dios Padre, Madre de Dios Hijo, Esposa de Dios Espíritu Santo, y que es a la vez Madre nuestra? –Acude personalmente a su intercesión” (F, 555). El camino seguro “para llegar a la Trinidad Beatísima pasa por María” (F, 543). “De su mano bendita llegaremos a Jesús, y por Él, al Padre, en el Espíritu Santo” (AIG, p.

61). Caminar filialmente, en la vida espiritual, de la mano de nuestra Madre (tener la “experiencia particular del amor materno de María”) conduce suavemente a la intimidad con Dios y a la madurez cristiana: “Te aseguro que, si emprendes este camino, encontrarás enseguida todo el amor de Cristo: y te verás metido en esa vida inefable de Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo. Sacarás fuerzas para cumplir acabadamente la Voluntad de Dios, te llenarás de deseos de servir a todos los hombres. Serás el cristiano que a veces sueñas ser: lleno de obras de caridad y de justicia, alegre y fuerte, comprensivo con los demás y exigente contigo mismo. Ese, y no otro, es el temple de nuestra fe. Acudamos a Santa María, que Ella nos acompañará con un andar firme y constante” (AD, 293).

a) *Hija de Dios Padre*

El Concilio Vaticano II llama a María “Hija predilecta del Padre” (LG, 53). Aunque san Josemaría no emplea ese calificativo, es claro, sin embargo, que en su pensamiento la relación filial de María con Dios Padre tiene características únicas.

En efecto, repetidamente fija su atención en dos temas concatenados entre sí. En primer lugar, en su singular elección y en los altísimos dones recibidos: “Dios Omnipotente, Todopoderoso, Sapientísimo, tenía que escoger a su Madre. ¿Tú qué habrías hecho, si hubieras tenido que escogerla? Pienso que tú y yo habríamos escogido la que tenemos, llenándola de todas las gracias. Eso hizo Dios. (...) Dios rodeó a su Madre de todos los privilegios, desde el primer instante. Y así es: ¡hermosa, y pura, y limpia en alma y cuerpo!” (F, 482). En segundo lugar, la mirada de san Josemaría se detiene en la perfecta y plena correspondencia de la Doncella de Nazaret a los designios divinos: “Nuestra Señora oye con atención lo que Dios quiere, pondera lo que no entiende, pregunta lo que no sabe. Luego, se entrega toda al cumplimiento de la voluntad divina: *he aquí la es-*

clava del Señor, hágase en mí según tu palabra” (ECP, 173). Hija predilecta del Padre, María es también, para quienes son por la gracia hijos de Dios, modelo en el que aprender a santificar, como hijo de Dios, la existencia ordinaria. “Tratemos de aprender, siguiendo su ejemplo en la obediencia a Dios, en esa delicada combinación de esclavitud y de señorío. (...) Santa María, maestra de toda nuestra conducta, nos enseña ahora que la obediencia a Dios no es servilismo, no sojuzga la conciencia: nos mueve íntimamente a que descubramos *la libertad de los hijos de Dios*” (*ibidem*).

b) Madre de Dios Hijo

La relación de María con el Hijo es singular, irrepetible y única: es la Madre del Verbo encarnado. San Josemaría nos ha dejado un vibrante testimonio del tono de su consideración sobre el momento de la Encarnación: “No olvides, amigo mío, que somos niños. La Señora del dulce nombre, María, está recogida en oración. Tú eres, en aquella casa, lo que quieras ser: un amigo, un criado, un curioso, un vecino... –Yo ahora no me atrevo a ser nada. Me escondo detrás de ti y, pasmado, contemplo la escena: El Arcángel dice su embajada... *Quomodo fiet istud, quoniam virum non cognosco?* –¿De qué modo se hará esto si no conozco varón? (Lc 1, 34). La voz de nuestra Madre agolpa en mi memoria, por contraste, todas las impurezas de los hombres..., las mías también. Y ¡cómo odio entonces esas bajas miserias de la tierra!... ¡Qué propósitos! *Fiat mihi secundum verbum tuum*. –Hágase en mí según tu palabra (Lc 1, 38). Al encanto de estas palabras virginales el Verbo se hizo carne. Va a terminar la primera decena... Aún tengo tiempo de decir a mi Dios, antes que mortal alguno: Jesús, te amo” (SR, Primer Misterio Gozoso).

La vida ordinaria y aparentemente vulgar de María, transida de un íntimo sentimiento de relación filial con Dios, se encuentra también marcada por la conciencia de su

misión maternal. Cuida, educa y protege a Jesús Niño, pero de Él, que era también hijo de Dios, se esfuerza en aprender. “Me gusta volver con la imaginación a aquellos años en los que Jesús permaneció junto a su Madre, que abarcan casi toda la vida de Nuestro Señor en este mundo. Verle pequeño, cuando María lo cuida y lo besa y lo entretiene. Verle crecer, ante los ojos enamorados de su Madre y de José, su padre en la tierra. Con cuánta ternura y con cuánta delicadeza María y el Santo Patriarca se preocuparían de Jesús durante su infancia y, en silencio, aprenderían mucho y constantemente de Él. Sus almas se irían haciendo al alma de aquel Hijo, Hombre y Dios. Por eso la Madre –y, después de Ella, José– conoce como nadie los sentimientos del Corazón de Cristo, y los dos son el camino mejor, afirmaría que el único, para llegar al Salvador” (AD, 281).

c) Esposa de Dios Espíritu Santo

San Josemaría trata con una gran sobriedad la relación de María con el Paráclito y describe esa relación mediante la expresión “Esposa del Espíritu Santo”. En esto sigue la tradición que, desde san Francisco de Asís, se prolonga en Conrado de Sajonia, Juan de Parma, san Bernardino de Busti, san Roberto Belarmino, san Lorenzo de Brindisi, san Luis María Grignon de Monfort, san Alfonso María de Ligorio, etc.

En el pensamiento del fundador del Opus Dei, deudor de la doctrina paulina, el Paráclito es el modelador de la nueva vida de los cristianos. Aunque lo denomina “El Gran Desconocido”, porque “la acción del Espíritu Santo puede pasarnos inadvertida” (ECP, 130), al mismo tiempo afirma, con toda la Tradición de la Iglesia, que la aplicación de la redención objetiva a todos los hombres es la misión propia de la Tercera Persona, porque “es quien, con sus inspiraciones, va dando tono sobrenatural a nuestros pensamientos, deseos y obras. Él es quien nos empuja a adherirnos a la

doctrina de Cristo y a asimilarla con profundidad, quien nos da luz para tomar conciencia de nuestra vocación personal y fuerza para realizar todo lo que Dios espera. Si somos dóciles al Espíritu Santo, la imagen de Cristo se irá formando cada vez más en nosotros e iremos así acercándonos cada día más a Dios Padre” (ECP, 135).

San Josemaría no lo trata de modo explícito, pero es obvio que aplica esta doctrina a María de una forma eminente, porque “es la obra maestra de Dios (...). En Ella adquieren realidad todos los ideales; pero no debemos concluir que su sublimidad y grandeza nos la presentan inaccesible y distante. Es la llena de gracia, la suma de todas las perfecciones: y es Madre” (AD, 292). La excelsa santidad de Nuestra Señora procede del Paráclito, que “es el Espíritu enviado por Cristo, para obrar en nosotros la santificación que Él nos mereció en la tierra” (ECP, 130).

3. La maternidad divina, fundamento de la vida de María y de la devoción mariana

La doctrina mariana de san Josemaría puede inscribirse en la corriente tradicional de la mariología que se desarrolla a partir de la Edad Media y que alcanza su culmen en la segunda mitad del siglo XIX y primera mitad del siglo XX, denominada “mariología cristotípica”, para diferenciarla de la otra corriente, nacida a principios del siglo XX y que recibió un gran impulso a mediados de ese siglo, denominada “mariología eclesiotípica”. La sistematización mariológica cristotípica tiene como principio fundamental la maternidad divina de María. Esta verdad de fe es la que organiza, ordena y cimienta todas las demás prerrogativas de la Virgen. En esta línea teológica se ha situado el Magisterio anterior al Concilio Vaticano II, así como la mayor parte de los mariólogos y autores espirituales de ese periodo. Y actualmente sigue vigente para muchos estudiosos de la mariología.

También para el fundador del Opus Dei “la Maternidad divina de María es la

raíz de todas las perfecciones y privilegios que la adornan. Por ese título, fue concebida inmaculada y está llena de gracia, es siempre virgen, subió en cuerpo y alma a los cielos, ha sido coronada como Reina de la creación entera, por encima de los ángeles y de los santos. Más que Ella, sólo Dios. (...) No hay peligro de exagerar. Nunca profundizaremos bastante en este misterio inefable; nunca podremos agradecer suficientemente a Nuestra Madre esta familiaridad que nos ha dado con la Trinidad Beatísima” (AD, 276). Como se aprecia en este texto, para san Josemaría todas las demás prerrogativas de María –la inmaculada concepción, la perpetua virginidad, la asunción, la realeza mariana, su mediación– dimanaban directamente del privilegio de la maternidad y a él se orientan. “El fundamento de este culto es la Maternidad divina de Nuestra Señora, origen de la plenitud de dones de naturaleza y de gracia con que la Trinidad Beatísima la ha adornado” (AD, 291).

La centralidad de esta verdad de fe le llevó en una de sus homilias a glosar con palabras sentidas la definición del Concilio de Éfeso, como se aprecia, por ejemplo, en este pasaje de *Amigos de Dios*: “Esa ha sido siempre la fe segura. Contra los que la negaron, el Concilio de Éfeso proclamó que *si alguno no confiesa que el Emmanuel es verdaderamente Dios, y que por eso la Santísima Virgen es Madre de Dios, puesto que engendró según la carne al Verbo de Dios encarnado, sea anatema* (CONCILIO DE EFESO, c. 1: DENZINGER-SCHÖN, 252 [113]). La historia nos ha conservado testimonios de la alegría de los cristianos ante estas decisiones claras, netas, que reafirmaban lo que todos creían: *el pueblo entero de la ciudad de Éfeso, desde las primeras horas de la mañana hasta la noche, permaneció ansioso en espera de la resolución... Cuando se supo que el autor de las blasfemias había sido depuesto, todos a una voz comenzaron a glorificar a Dios y a aclamar al Sínodo, porque había caído el enemigo de la fe. Apenas salidos de la iglesia, fuimos*

acompañados con antorchas a nuestras casas. Era de noche: toda la ciudad estaba alegre e iluminada (SAN CIRILO DE ALEJANDRÍA, *Epistolae*, 24). Así escribe San Cirilo, y no puedo negar que, aun a distancia de dieciséis siglos, aquella reacción de piedad me impresiona hondamente” (AD, 275).

La condición de María como Madre de Cristo hace que todo en Ella nos conduzca a su Hijo. Es decir, tanto la reflexión marológica como la piedad mariana tienden al crecimiento de la fe cristológica. San Josemaría lo dirá de forma sintética utilizando una expresión de san Luis María Grignon que hizo fortuna posteriormente: “Por María hacia Jesús”. Porque, escribe san Josemaría, “si buscáis a María, encontraréis a Jesús. Y aprenderéis a entender un poco lo que hay en ese corazón de Dios que se anonada, que renuncia a manifestar su poder y su majestad, para presentarse en forma de esclavo” (ECP, 144). Más aún, afirmará, como quien lo tiene muy comprobado en su propia vida y en la de los demás, que “a Jesús siempre se va y se «vuelve» por María” (C, 495).

4. Madre de los hombres

Es muy frecuente en la predicación de san Josemaría la contemplación de Nuestra Señora en los misterios de la vida de su Hijo. Primeramente, en la vida oculta del Señor y, más tarde, en los misterios de su vida pública, para finalizar en el Calvario, donde el Hijo consuma la Redención muriendo en la Cruz. “Los textos de las Sagradas Escrituras que nos hablan de Nuestra Señora, hacen ver precisamente cómo la Madre de Jesús acompaña a su Hijo paso a paso, asociándose a su misión redentora, alegrándose y sufriendo con Él, amando a los que Jesús ama, ocupándose con solicitud maternal de todos aquellos que están a su lado” (ECP, 141). Es decir, María con su entrega y su profundo amor a la voluntad de Dios colabora, como nueva Eva, de forma activa en la misión de su Hijo.

La íntima asociación de Santa María a la obra redentora de su Hijo, afirmada continuamente por el Magisterio de la Iglesia, le lleva al fundador del Opus Dei a proclamar que “María está muy unida a esa manifestación máxima del amor de Dios: la Encarnación del Verbo, que se hizo hombre como nosotros y cargó con nuestras miserias y pecados. María, fiel a la misión divina para la que fue criada, se ha prodigado y se prodiga continuamente en servicio de los hombres, llamados todos a ser hermanos de su Hijo Jesús. Y la Madre de Dios es también realmente, ahora, la Madre de los hombres” (ECP, 140). Para el fundador, la maternidad divina es el fundamento de la maternidad espiritual, de tal manera que “la Virgen Santísima puede llamarse con verdad madre de todos los cristianos. San Agustín lo decía con palabras claras: *cooperó con su caridad para que nacieran en la Iglesia los fieles, miembros de aquella cabeza, de la que es efectivamente madre según el cuerpo* (SAN AGUSTÍN, *De sancta virginitate*, 6)” (ECP, 141).

Como Madre de Jesús, María participó en todo momento en la obra redentora del Verbo encarnado, uniéndose especialmente en el Calvario sus sufrimientos a los del Crucificado y ofreciéndolos al Padre. “Nuestra Señora escuchaba las palabras de su Hijo, uniéndose a su dolor: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?* (Mt 27, 46) ¿Qué podía hacer Ella? Fundirse con el amor redentor de su Hijo, ofrecer al Padre el dolor inmenso –como una espada afilada– que traspasaba su Corazón puro. De nuevo Jesús se siente confortado, con esa presencia discreta y amorosa de su Madre” (AD, 288). Fue entonces cuando Jesús, en el discípulo amado, confió a su Madre todos los hombres y especialmente sus discípulos.

San Josemaría expresa con el término “corredención” la colaboración de María en la redención objetiva, siguiendo el uso de los autores espirituales de su tiempo. “Con razón los Romanos Pontífices han llamado

a María Corredentora: *de tal modo, juntamente con su Hijo paciente y muriente, padeció y casi murió; y de tal modo, por la salvación de los hombres, abdicó de los derechos maternos sobre su Hijo, y le inmoló, en cuanto de Ella dependía, para aplacar la justicia de Dios, que puede con razón decirse que Ella redimió al género humano juntamente con Cristo* (BENEDICTO XV, Cart. Ap. *Inter sodalicia*, 22-III-1918). Así entendemos mejor aquel momento de la Pasión de Nuestro Señor, que nunca nos cansaremos de meditar: *stabat autem iuxta crucem Iesu mater eius* (Jn 19, 25), estaba junto a la cruz de Jesús su Madre” (AD, 287). De ahí la alegría de san Josemaría cuando Pablo VI la proclamó Madre de la Iglesia durante el Concilio Vaticano II, el 21 de noviembre de 1964.

María ejerce su misión materna prodiéndose continuamente en un servicio amoroso con sus hijos. Es patente que “para comprender el papel de María en la vida cristiana, para sentirnos atraídos hacia Ella, para buscar su amable compañía con filial afecto, no hacen falta grandes disquisiciones, aunque el misterio de la Maternidad divina tiene una riqueza de contenido sobre el que nunca reflexionaremos bastante” (ECP, 142). San Josemaría aconseja que nos acerquemos a la Virgen Santísima con la conciencia de ser hijos desvalidos y pequeños. “Mirad: para nuestra madre Santa María jamás dejamos de ser pequeños, porque Ella nos abre el camino hacia el Reino de los Cielos, que será dado a los que se hacen niños” (AD, 290). “¡La necesitamos!... En la oscuridad de la noche, cuando el niño pequeño tiene miedo, grita: ¡mamá! Así tengo yo que clamar muchas veces con el corazón: ¡Madre!, ¡mamá!, no me dejes” (VC, IV Estación).

Basándose en su propia experiencia nos sugiere de qué modo debe discurrir nuestro trato con Ella: “La relación de cada uno de nosotros con nuestra propia madre, puede servirnos de modelo y de pauta para nuestro trato con la Señora del Dulce

Nombre, María. Hemos de amar a Dios con el mismo corazón con el que queremos a nuestros padres, a nuestros hermanos, a los otros miembros de nuestra familia, a nuestros amigos o amigas: no tenemos otro corazón. Y con ese mismo corazón hemos de tratar a María” (ECP, 142). Ese era el modo de proceder de san Josemaría: su trato con Nuestra Señora era el de un hijo pequeño que, amando con locura a su Madre, necesitaba su auxilio y protección continua. “La Virgen Santísima es nuestra Madre, y no queremos ni podemos dejarla sola” (VC, XIII Estación).

5. Santa María, ejemplo de virtudes

La Virgen Santísima, que vive glorificada en alma y cuerpo en el Cielo, es, considerada en su existencia terrena, paradigma de todas las virtudes. En su vida, Dios nos muestra el modelo de la identificación con Cristo, esto es, la perfección de la caridad y la plenitud de la vida cristiana. Ella nos indica y nos acompaña en el camino por el que debe discurrir nuestra vida de hijos de Dios. Su trato es siempre amable y cercano, vivificante y operativo.

En primer lugar, es ejemplo en el ejercicio de las virtudes teologales. “Maestra de fe. ¡Bienaventurada tú, que has creído! (Lc 1, 45), así la saluda Isabel, su prima, cuando Nuestra Señora sube a la montaña para visitarla. Había sido maravilloso aquel acto de fe de Santa María: *he aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra* (Lc 1, 38). (...) Si nuestra fe es débil, acudamos a María” (AD, 284-285). “Maestra de esperanza. María proclama que la *llamarán bienaventurada todas las generaciones* (Lc 1, 48). Humanamente hablando, ¿en qué motivos se apoyaba esa esperanza? ¿Quién era Ella, para los hombres y mujeres de entonces? (...). El trono de María, como el de su Hijo, es la Cruz. Y durante el resto de su existencia, hasta que subió en cuerpo y alma a los Cielos, es su callada presencia lo que nos impresiona” (AD, 286). “Maestra de caridad. Re-

cordad aquella escena de la presentación de Jesús en el templo. (...) La inmensa caridad de María por la humanidad hace que se cumpla, también en Ella, la afirmación de Cristo: *nadie tiene amor más grande que el que da su vida por sus amigos* (Jn 15, 13)” (AD, 287). Es también Santa María, de manera semejante, modelo en el que aprender a vivir todas las virtudes morales, como por ejemplo, la humildad (cfr. C, 507; AD, 96); la obediencia (cfr. ECP, 173); la fortaleza (cfr. C, 508); la sencillez (cfr. C, 510); la santa pureza (cfr. C, 511), etc.

Resumidamente, el camino de nuestra santidad debe mirar siempre a nuestra Madre como a su paradigma. “Somos aún peregrinos, pero Nuestra Madre nos ha precedido y nos señala ya el término del sendero: nos repite que es posible llegar y que, si somos fieles, llegaremos. Porque la Santísima Virgen no sólo es nuestro ejemplo: es auxilio de los cristianos. Y ante nuestra petición *–Monstra te esse Matrem–*, no sabe ni quiere negarse a cuidar de sus hijos con solicitud maternal” (ECP, 177). Nunca deja de acompañarnos: “No estamos solos. –Ni tú ni yo podemos encontrarnos solos. Y menos, si vamos a Jesús por María, pues es una Madre que nunca nos abandonará” (F, 249). Siempre está cercana a nosotros: “Ama a la Señora. Y Ella te obtendrá gracia abundante para vencer en esta lucha cotidiana” (C, 493). Con Ella todo es posible, incluso cuando parece inalcanzable: “Antes, solo, no podías... –Ahora, has acudido a la Señora, y, con Ella, ¡qué fácil!” (C, 513).

Voces relacionadas: María Santísima, Devoción a; Romerías; Sagrada Familia; San José; Santo Rosario (libro); Santuarios y lugares marianos, Peregrinaciones de san Josemaría a.

Bibliografía: Antonio ARANDA, “María Hija predilecta del Padre, en las enseñanzas del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer”, *Estudios Marianos*, 66 (2000), pp. 313-342; *Id.*, “La doctrina mariológica de san Josemaría en *Es Cristo que pasa*”, *ScrdeM*, 7 (2010), pp. 317-340; *Id.*,

“La propuesta mariológica de Mons. Álvaro del Portillo”, *ScrTh*, 33 (2001), pp. 193-211; Federico DELCLAUX, *Santa María en los escritos de San Josemaría Escrivá de Balaguer*, Madrid, Rialp, 2004; Javier ECHEVARRÍA, “El amor a María Santísima en las enseñanzas de Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer”, *Palabra*, 156-157 (1978), pp. 341-345; José Luis ILLANES, *El Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo*, Pamplona, EUNSA, 2000; Fernando OCÁRIZ, *Hijos de Dios en Cristo. Introducción a una teología de la participación sobrenatural*, Pamplona, EUNSA, 1972.

Juan Luis BASTERO

MARÍA SANTÍSIMA, DEVOCIÓN A

1. Manifestaciones de la devoción mariana.
2. Coordinadas teológicas de la devoción mariana.

Desde los inicios de la Iglesia, el reconocimiento de su maternidad divina y de su estrecha participación en la vida de Jesucristo y en la obra de la redención, desembocaron en un trato íntimo y confiado con la Virgen María. San Josemaría forma parte de los grandes santos que, a lo largo de siglos, se han unido a esa tradición que constituye parte del acervo de la fe cristiana. La devoción a la Santísima Virgen, que vivió –y que transmitió a los fieles del Opus Dei y a cuantos se alimentan de su predicación–, es una devoción sincera, cálida, cordial, en estrecha relación con los rasgos esenciales del espíritu del Opus Dei, especialmente con la filiación divina, y que se manifestaba en las mil maneras en que se suele manifestar la devoción a la Virgen en la tradición cristiana.

Se trata de una devoción que san Josemaría recibió en su hogar y que fue haciéndose cada vez más profunda, en un continuo *crescendo*. Su devoción era a la vez sentida y doctrinal. Desechó siempre lo que podría calificarse como una piedad *milagrera* y también como una piedad *sentimental*. Insistía en la necesidad de que la devoción a la Virgen fuera recia y estuvie-

Aviso de Copyright

Cada una de las voces que se ofrecen en esta Biblioteca Virtual forma parte del *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer* y son propiedad de la Editorial Monte Carmelo, estando protegidas por las leyes de derecho de autor.